



FRESNO

Todos celebramos esta salida, que queda desmentida automáticamente por los rostros satisfechos de padres e hijos, demostrativos de que las alegrías comenzaron a producirse desde hace ya mucho tiempo.

—Si que hay cosas buenas—continúa el marqués como en demostración de nuestra sospecha—. Tenemos un hijo en cada Arma del Ejército, y no es poco ver llegar a capitanes a dos, a los veinte años. Conseguir la reunión de la familia completa después de nuestra guerra, otra felicidad. Y hay más, más ventajas: cuando di una conferencia en los Marianistas, este hijo que ve usted aquí—que por cierto tiene que hacerse un gran abogado cuando acabe el Bachillerato, ¿eh?—, me organizó una «claque» estupenda.

Ríe el aludido y reímos nosotros ante la jovialidad.

—Mala cosa fué, en cambio, que nos notificaran en guerra haberse celebrado en Atienza los funerales por nuestro hijo aviador. Gracias a Dios no era esto verdad, aunque sí sufrió un accidente; pero el gran susto nos lo dieron.

A otra pregunta nuestra oímos que es distinto el cariño que se tiene al hijo único del que inspiran muchos. Cuando se tiene uno, los padres viven sólo para él; pero en el otro caso, que han de vivir para todos, las preocupaciones que suponen matizan de otra manera el cariño. El corazón de los padres es el mismo, pero lo que en el primer caso se concentra en intensidad, en el segundo se reparte en preocupaciones. La dedicación especial a cada hijo viene determinada por los cuidados que necesitan siempre los restantes.

Al final hablamos de vocaciones y de carreras.

—Los hijos varones dan menos calentamientos de cabeza. Siguen sus carreras y toman sus rumbos en la vida. Lo bueno hubiera sido tener un hijo especializado en cada actividad... El marqués mira a sus hijos, como animándoles:

—Uno de vosotros podría ser capellán, como es tradicional en el Norte, pero me parece que nos vamos a quedar sin capellán...

La marquesa, mientras tanto, piensa que los hijos varones son los que más rápidamente abandonan la casa paterna, y en cambio las hijas consuelan más a los padres, los asisten mejor. Estamos contemplando las fotos que nos trae esta guapa chica. «Esperanza—Esperanza—, en las que se ha logrado reunir casi toda la familia. Y en este momento conocemos que llegó el cartero. Ha traído un par de impresos exactamente iguales que son las notas del colegio de dos hijos ausentes.

Por lo que hablábamos de los hijos—dice

el marqués—. Vea usted: El uno, muy

bien en todas; el otro, mal.

¿Eh? Cosas buenas y

cosas malas. Y así

siempre.

Quando se tiene un nene tan rubio y hermoso, todo poema de simpatía y de gracia, como éste que nos sonrle desde el regazo de la marquesa, no hay que preguntar demasiado para comprender que el hogar está lleno de alegría y de felicidad. El mismo nene quisiera explicárnoslo con su particular léxico bien sonoro y... perfectamente ininteligible, poroue su único año de edad no le ha dado tiempo más que para crecer hasta un grado de asombro, refr como un ángel y hacer los primeros pinitos; por ahora, los comentarios que intercala en la conversación que tenemos con su madre son de imposible transcripción.

Este buen mozo tiene otro hermano de dos años. Y seis más, de ocho años hacia arriba. Son en total cuatro chicos y cuatro chicas—dos gemelas—los hijos de los marqueses de Santaella. Y todos unos encantos, como veis en las fotos.

Es inútil que tratemos de hacer pensar a la marquesa en las preocupaciones y penas que pueden acarrear los hijos.

—Las alegrías son mayores—nos dice con absoluto convencimiento—. En todo caso las penas se olvidan. Y, además, mis hijos son pequeños y pocas nos han podido dar. Los mayores estudian ahora el Bachillerato, de modo que ni aun preocupaciones de vocación y de carreras puedo contarle.

—Sin embargo, ya tendrán ustedes una idea del camino que seguirán.

—Realmente, los mayores son muy estudiosos y nos tienen muy contentos. Y como les gusta mucho, además de los deportes como el tenis y el fútbol—del que no se pierden un partido—, todo lo referente a caballos y especialmente al campo, vemos de muy buena gana que siguieran carreras relacionadas con él. Esto del campo es una afición que pudiéramos llamar de familia. Precisamente los chicos de que le hablo están ahora en Jerez de la Frontera estudiando; allí pasamos largas temporadas.

—¿Y qué—decimos en presencia de las demás pequeñas, ahora que hemos pasado a sus habitaciones de juego y de estudio—, ¿quieren mucho a ustedes estos hijos? ¿Qué tales son? ¿Muy malos?

—¡No! ¡Buena gente!—sonríe la señora de Soto Domecq con su fino deje «casi» andaluz.

Sin perder su cara contenta y simpática, uno de los chiquitines sangra ahora por la nariz: tal vez algún golpe. El perance nos permite interrogar mientras tanto a nuestras anchas a estas tres hermanas que se dan con todo ahínco a una lección de Historia con reves podos y cosas de ésas. Ingenuamente nos cuentan que les gusta más jugar, sobre todo sí es a las muñecas, que no eso de coser, bordar, etc. Que Fernando I es un rey estupendo. Que la mejor asignatura es la Geografía, y eso que llevan de lección nada menos que tres preguntas y la señorita quiere tomárselas en seguida. Estudian, por supuesto, idiomas, y esta nena rubia de ojos claros resulta ser magnífica bailarina, enamorada de su arte, que le ha transmitido una profesora, gitana pura. Ya vuelve la marquesa, que nos cuenta de cuando sus ocho hijos tuvieron a la vez el sarampión, que pasó sin consecuencias lamentables, de modo que en el capítulo de contratiempos ni siquiera parece éste un revuelón de importancia.

Por último queremos oírle formular alguna ilusión con respecto a sus hijos, y, tras recapacitar brevemente, formula ésta, realmente difícil:

—Pues quisiera, quisiera que no crecieran: que quedaran para siempre mis hijos iguales que son ahora...



MARQUESA DE SANTAELLA



«Y es esta la proa del barco la que tiene razón contra las bandas, porque apunta hacia alguna parte, porque se enlía, porque busca. La razón de la proa es la razón de los astros. Lo que traza la quilla sobre datos exactos de ángulos estelares. Para acabar en la estela hay que empezar en la estrella, en la Stella».—JOSE ANTONIO.